

**VOCES Y PAISAJES DEL MIEDO: UNA
MIRADA AFECTIVA A LA GUERRA
DE LOS MIL DÍAS (1899-1902)**

DANIEL H. TRUJILLO*
Universidad Nacional de Colombia

*dhtrujillom@unal.edu.co

Artículo de investigación recibido: 23 de febrero de 2018. Aprobado: 19 de agosto de 2018.

RESUMEN

A partir de un análisis basado en la historia de las emociones, este artículo aborda e interpreta la manera como hombres y mujeres de los sectores más vulnerables experimentaron el miedo durante la Guerra de los Mil Días (1899-1902) en Colombia. Como base documental utiliza diarios de soldados, correspondencia, poemas y parte del rico material levantado por Carlos Eduardo Jaramillo en su exhaustiva investigación sobre las guerrillas liberales titulada *Los guerrilleros del novecientos*. Mediante la reconstrucción histórica de algunos eventos de la guerra, examina la reconfiguración de la matriz emocional de la población en medio del conflicto.

Palabras clave: afectividad, Colombia, conflicto armado, emociones, espacio, Guerra de los Mil Días, historia, matriz emocional, miedo, subalternidad.

VOICES AND LANDSCAPES OF FEAR: AN AFFECTIVE LOOK AT THE WAR OF THE THOUSAND DAYS (1899-1902)

ABSTRACT

Building on an analysis based on the history of emotions, this article addresses and interprets the way in which men and women from the most vulnerable sectors of society experienced fear during the War of the Thousand Days (1899-1902) in Colombia. Soldiers' diaries, correspondence, poems, and part of the rich material obtained by Carlos Eduardo Jaramillo in his exhaustive research project on liberal guerrillas, *Los guerrilleros del novecientos*, serve as documentary basis of the historical reconstruction of some war events. Against this backdrop I examine the reconfiguration of the emotional matrix of the population in the midst of armed conflict.

Keywords: affectivity, armed conflict, Colombia, emotions, emotional matrix, fear, history, space, subalternity, War of the Thousand Days.

VOZES E PAISAGENS DO MEDO: UM OLHAR AFETIVO À GUERRA DOS MIL DIAS (1899-1902)

RESUMO

A partir de uma análise baseada na história das emoções, este artigo aborda e interpreta a maneira como homens e mulheres dos setores mais vulneráveis experimentaram o medo durante a Guerra dos Mil Dias (1899-1902) na Colômbia. Como base documental utiliza diários de soldados, correspondência, poemas e parte do rico material levantado por Carlos Eduardo Jaramillo em sua exaustiva pesquisa sobre as guerrilhas liberais intitulada *Los guerrilleros del novecientos*. Por meio da reconstrução histórica de alguns eventos, examina a reconfiguração da matriz emocional da população em meio ao conflito.

Palavras-chave: afetividade, Colômbia, conflito armado, emoções, espaço, Guerra dos Mil Dias, história, matriz emocional, medo, subalternidade.

PRELUDIO

Cobijado por la luna y la lluvia, un pequeño contingente de hombres aguarda en las cercanías del hotel Mi Casa, ubicado en el alto de Gualanday, Tolima. La espera se prolongará hasta bien entrada la noche, cuando el campamento del batallón antioqueño Pagola esté adormecido después de una extenuante jornada de marchas desde el valle del río Magdalena. Esta será una de las muchas acometidas irregulares que emprenderán los destacamentos liberales después del revés de Palonegro. Con las tropas mermadas y un enemigo superior en número y armamento, las pequeñas emboscadas se han convertido en una forma efectiva de equilibrar la balanza de la guerra (Bergquist 1999).

Se acerca ya la hora del asalto y los hombres comienzan los preparativos. Algunos tragos de brandy y de aguardiente de olla para calmar los nervios en vísperas del combate (Jaramillo 1991). Susurros. Coplas. Risas. Un verso amable que contrasta la belleza del paisaje con los eventos que se aproximan. Uno a uno caen los *Mannlincher* austriacos y los viejos fusiles Remington (Jaramillo 1991). Esta noche de Viernes Santo los hombres llevan en el cinto únicamente un machete pequeño y la camisa arremangada, dejando el brazo derecho desnudo para identificarse entre los suyos y reconocer al enemigo entre la penumbra. Las órdenes son claras: todo aquel con los brazos cubiertos recibirá la descarga silenciosa y mortal del filo del machete (París 1984).

En medio del sueño y el cansancio, las tropas conservadoras no pueden hacerle frente a su enemigo invisible. La muerte atraviesa sigilosamente las carpas del campamento, dejando en pie a tan solo unos pocos que, al despuntar la madrugada, serán testigos de la masacre. La primera luz del Sábado Santo de 1901 revelará a los sobrevivientes una macabra escena de cuerpos mutilados, sangre fresca y uniformes manchados. Cuenta Gonzalo París Lozano que los hombres de la guerrilla de Tulio Varón,

al amanecer, ahítos de sangre, cargados de botín y dejando atrás, para que se expandiera por todo el departamento, el espanto que causó el feroz asalto, regresaron tranquilamente a Doima, a lavar sus machetes y a dormir sobre la satisfacción del destrozo hecho al Gobierno. (París 1984, 75)

Los últimos años del siglo XIX fueron especialmente tensos para Colombia. El país, dividido políticamente y agotado por casi un siglo entero de guerras intermitentes, se encontraba al borde de ser arrastrado, una vez más, hacia el conflicto armado. El presidente Manuel Antonio Sanclemente (1898-1900) había heredado una institucionalidad erosionada, que ahora le costaba al nacionalismo su legitimidad y ponía a tambalear su permanencia en el poder. El cierre político hacia la oposición consagrado por la Regeneración y la crisis económica desatada por la caída internacional de los precios del café, terminaron por caldear los ánimos de los detractores del Gobierno, particularmente del liberalismo, cuyos líderes comenzaron a debatirse entre ir a las urnas o desempolvar las armas de las guerras pasadas.

Las debilidades del Gobierno nacionalista se hicieron cada vez más latentes en 1899. La libra de café alcanzó un precio de exportación de 8.6 centavos (Bergquist 1999, 200), casi la mitad del valor que había tenido a inicios de la década, lo cual resultó en una profunda crisis económica que afectó tanto las arcas del Gobierno como a las regiones caficultoras de Santander, Cundinamarca y Tolima. Las grandes pérdidas económicas en el campo provocaron la quiebra de numerosas haciendas y el descontento generalizado de una población que había encontrado en el cultivo de este grano su forma de vida. Por su parte, la incapacidad del Gobierno de cumplir con sus obligaciones financieras desató un ambiente de malestar y desconfianza que, como narra Charles Bergquist, hizo cada vez más difícil mantener el orden.

Pese a los esfuerzos de la dirigencia de las facciones en pugna (conservadores nacionalistas, conservadores históricos, liberales pacifistas y liberales belicistas) por resolver sus diferencias en materia económica y electoral a través de la concertación, el fantasma de la guerra se hizo cada vez más presente. Las palabras de Rafael Uribe Uribe ante la Cámara en 1898 ilustran la difícil situación:

[...] no hay sino dos medios para recuperar nuestro derecho: el de la paz por los triunfos que nos dé el sufragio libre [...] o el de la guerra, si el actual movimiento reformista es refrenado [...] y en tal caso habría llegado la hora fatal que ahí he predicho en que la guerra sobrevendría como hecho inevitable. (Jaramillo 1991, 28)

El conflicto armado estalló finalmente a mediados de octubre de 1899. En los primeros meses, el ejército liberal, aunque mal apertrechado e inferior en número a las tropas estatales, exhibió gran potencial para hacerse con el poder mediante las armas. La batalla de Peralonso (hoy Norte de Santander), librada entre el 15 y 16 de diciembre de 1899, demostró al conservatismo que las fuerzas liberales podían disputar su hegemonía. En adelante, comenzaría una carrera entre ambos bandos por reclutar más hombres y conseguir, como fuese posible, los recursos necesarios para sostener el esfuerzo armado.

El revés de Palonegro, sin embargo, marcó un punto de inflexión en la guerra. El combate, considerado por muchos como el más sangriento de todo el conflicto, sentenció el fin del enfrentamiento entre ejércitos regulares. El liberalismo no se recuperó de las pérdidas que sufrió entre el 11 y el 25 de mayo de 1900, y se vio obligado a continuar su lucha mediante tácticas de guerrilla en otros escenarios, particularmente Cundinamarca y Tolima (Bergquist 1999).

HACIA UNA HISTORIA DESDE ADENTRO

Relatos como el del inicio fueron comunes durante la Guerra de los Mil Días. Episodios con altas cargas emocionales que llegan hasta nosotros como evidencia de la vertiginosa escalada de violencia en el país a finales del siglo XIX, pero también como registro de un camino poco frecuentado por la historiografía colombiana: el de las emociones. Aún hoy, después del llamado giro emocional que experimentaron los enfoques investigativos en la década de 1980, el universo afectivo del pasado permanece cubierto por una densa niebla de silencios y omisiones en el archivo. Como sociedad, al parecer hemos tenido serias dificultades a la hora de enunciar nuestras emociones y de verlas e interpretarlas como agentes activos en nuestra historia.

Por ello, en esta oportunidad nos convoca el miedo, o mejor, los miedos —en plural— que experimentaron hombres y mujeres, comunes y corrientes, durante la Guerra de los Mil Días. Sus vidas, voces y testimonios se convierten aquí en insumos para acceder al pasado a través de la afectividad. Al decir comunes y corrientes no pretendo entrar en el complejo debate respecto a lo popular o lo subalterno, que entre otras cosas considero absolutamente pertinente, pero que por espacio simplemente se escapa del enfoque de la investigación. Quisiera,

más bien, hacer énfasis en la posibilidad de hacer historia a partir de fragmentos de la cotidianidad (Hering y Rojas 2015), de protagonistas cuyos recuerdos y experiencias reposan muchas veces anónimos en los archivos, para lograr, desde allí, crear nuevas narrativas de la Guerra de los Mil Días. Aprovecho también para advertir que en las siguientes páginas no presentaré propiamente una historia de la guerra de fin de siglo, sobre la cual se puede consultar una amplia bibliografía (Bergquist 1999; Deas 1983; Fischer 1998; Henderson 2006; Jaramillo 1991; Martínez 1999; Plazas 1985; Tirado 1976), sino la de una emoción, el miedo. Esta, será, pues, una historia *desde adentro y hacia afuera*.

Quien lea este texto encontrará, así, un juego de escalas en el que figuran dos movimientos analíticos: uno de un *zoom*, si se quiere, que privilegia una exploración del universo emocional de los individuos a partir del detalle, la minucia y el indicio (Ginzburg 1993) —lo *micro*— (fragmentos de relatos íntimos, personales, cotidianos, cercanos a la propia experiencia de vivir); y otro *macro*, que examina la relación de estos elementos con el contexto general de la guerra desde una visión más panorámica (Hering y Rojas 2015).

Este giro hacia “lo interior” tiene como resultado inevitable la fragmentación de los ejes de análisis, hecho que se verá reflejado en la diversidad de los casos presentados. En nuestro caso particular, no se puede hablar de una categoría general como “el miedo”, en singular, sino de miedos, en plural. Esto se debe a que las emociones no son “sustancias” con un estado fijo o inmutable (Le Breton 2013, 71), sino que emanan de múltiples lecturas de la realidad, de contextos y situaciones en extremo particulares; nunca se presentan solas, sino en red, y están en constante transformación y resignificación, pues “son a la vez interpretación, expresión, significación, regulación de un intercambio” (77). Por ello, es posible encontrarlas, con distintas valencias, en prácticamente todas las experiencias humanas. Esto nos habla de la complejidad del sujeto y de las múltiples redes de significados —y afectos— que lo vinculan a su entorno cultural, social y espacial. Pero antes que ser un impedimento, esta fragmentación abre una oportunidad para explorar y caracterizar el miedo en sus muy variadas facetas, así como para entender cómo terminó imbricado con fenómenos y objetos que a primera vista no parecieran responder a coordenadas emocionales: el reclutamiento forzado, la casa, el clima, los páramos.

Finalmente, quisiera mencionar que en materia documental este giro supuso exigencias heurísticas que aquí no podré elaborar más a fondo, pero que me llevaron a reflexionar sobre las herramientas y métodos a disposición del historiador para acercarse a las emociones en el archivo y sobre los puentes que se deben tender con otras disciplinas como la psicología, la biología y la antropología. La complejidad afectiva de los individuos y de las comunidades hace imprescindible abordar estos problemas desde una perspectiva interdisciplinar (Trujillo 2016). A la luz de este diálogo, revisé correspondencia, poemas, memorias y buena parte del material de archivo recolectado y sistematizado por Carlos Eduardo Jaramillo durante diez años de intenso trabajo, en lo que considero ha sido el aporte más significativo de fuentes al corpus historiográfico de la Guerra de los Mil Días, y que dio como resultado la monumental obra *Los guerrilleros del novecientos*. Con esto último quiero advertir que la novedad de algunas de las fuentes aquí referenciadas no está propiamente en su descubrimiento, sino en su abordaje, lectura e interpretación.

Precisamente allí, en la complejidad del sujeto emocional, de la persona “que siente”, emanan las siguientes preguntas: ¿qué miedos experimentaron la población y los combatientes durante el transcurso de la guerra? ¿Qué nos dicen estos miedos acerca de la sociedad y el conflicto armado? ¿Cómo podemos leer la guerra a través del miedo?

LA ANOMALÍA DE LA GUERRA

La guerra no es solo la ausencia de paz. La guerra es un torbellino que arrastra a todos los integrantes de un conjunto social para convocarlos a la muerte (Freud 1976), al miedo, a la incertidumbre; y la de los Mil Días no fue la excepción. La joven República de Colombia —como fue bautizada en la Constitución de 1886 bajo una retórica de ideales de libertad—, inestable tras décadas de tirones entre los defensores de modelos muy distintos de país, haría el tránsito del siglo XIX al XX en medio de un conflicto armado.

La guerra supuso para el país una alteración del precario orden instaurado por la Regeneración para todos los individuos (Bouthoul 1971). El desacuerdo se transformó en odio, las palabras en disparos y las viejas rencillas en violencia. La guerra naturalizó el agravio como forma de reivindicar lo propio. Como menciona María Clemencia Castro, al conflicto armado se le descifra como la ocasión del exceso y el desborde

(2001): “Allí, la violencia pierde su arbitrariedad para instalarse como derecho, adjudicándole siempre una justificación” (Castro 2006, 132).

El hiato de la guerra puede entenderse, en este sentido, como un reordenamiento completo del sistema de valores, acciones y emociones de una sociedad. Es un momento febril en el que las viejas reglamentaciones pierden vigencia y se instaura un régimen provisional que tiene la capacidad de reorganizar la matriz de significados que componen culturalmente a los conjuntos humanos. En palabras de Castro (2005, 132):

La guerra convoca al trastocamiento de valores en su llamado a la violencia y al destroz; avala la ocasión de dar muerte a otro y convierte en actor de muerte a quien se implica en ella. Así se alteran las regulaciones éticas, se suprime el reproche y a la vez se instiga; implica la subversión de las reglas morales, el levantamiento de las prohibiciones, el desplazamiento de los límites. Trasgrediendo lo sacro de la vida, configura un universo moral.

Con esto advierto que el periodo estudiado es de cierto modo “anómalo”. Es un momento de la historia del país en el cual los límites desaparecieron y los actos de horror se normalizaron. Es un escenario con reglas y dinámicas propias, seguramente nunca puestas en papel, pero que se convirtieron en el medio de relacionarse con una realidad convulsa e incierta. Lo anterior también es cierto en términos emocionales. La subversión generalizada de las reglas afectó las complejas redes afectivas de los individuos que vivieron la guerra, produciendo trastornos que no son difíciles de imaginar —como humanos, no necesariamente como expertos—, en medio de un ambiente generalizado de angustia y zozobra: madres llorando por sus hijos que ahora empuñaban fusiles, huérfanos esperando el regreso de sus padres, hombres luchando contra el instinto de preservación en vísperas del combate, familias escondidas en el monte mientras sus casas eran objeto de pillajes y depredaciones. Esta subversión del orden nos ofrece una primera coordenada para encontrar el miedo, pues, como nos recuerda Fernando Rosas Moscoso, “toda subversión del orden, de lo pertinente o lo propio de un contexto o una realidad, encierra un sentimiento de inseguridad que ineludiblemente se liga a la ansiedad y el miedo” (2005, 31).

También es importante tener en cuenta que guerra no hubo una sola, sino muchas. Unas se libraron en los salones del Congreso, en

columnas de periódicos o al calor de una chimenea y una copa de brandy; otras se hicieron en las calles, las chicherías, el mercado, las trochas y los caminos de herradura; y otras más se llevaron a cabo en silencio, al interior de los individuos, en medio de crueles combates contra el instinto, negociaciones afectivas nunca enunciadas, llantos o lamentos contenidos.

Por último, parece adecuado insistir en que este esfuerzo por reconstruir las emociones de la guerra, sus combatientes y sus víctimas es apenas una fracción del panorama emocional de la época. Esta subversión del orden y de los valores que supuso la guerra no solo se vio reflejada en las distintas manifestaciones del miedo. Aún quedan pendientes otras emociones y, por supuesto, otros miedos, especialmente aquellos engendrados fuera de la coyuntura de conflicto y que posiblemente perduraron luego de la firma de los tratados de paz el 21 de noviembre de 1902 a bordo del acorazado USS Wisconsin. Por ese lado, la agenda permanece abierta.

UNA DEFINICIÓN DEL MIEDO

Como punto de partida, quisiera ofrecer cierta claridad conceptual sobre qué entiendo aquí por miedo, ya que dependiendo desde la disciplina que se aborde el problema es posible encontrar significados sustancialmente distintos. La idea no es ofrecer una explicación única o estática *a priori*, sino ir construyéndola históricamente. Empecemos, pues, con una aproximación médica-psicológica contemporánea: el miedo (individual) es una “emoción-choque, frecuentemente precedida de sorpresa, provocada por la toma de conciencia de un peligro presente y agobiante que, según creemos, amenaza nuestra conservación” (Delpierre 1974, 47; Steimer 2002). La similitud con el registro de “miedo” en el *Diccionario enciclopédico de la lengua castellana* de 1895 es sorprendente. Allí encontramos que miedo es:

una perturbación angustiosa del ánimo por un riesgo o mal que realmente amenace o que se finja la imaginación [...] es una pasión propia del individuo que la tiene, y que consiste en la aversión que se tiene naturalmente a una cosa que creemos que pueda dañarnos.
(Zerolo, de Toro e Isaza 1895, 1485)

En ambos casos el miedo aparece como una aversión o toma de conciencia de peligros o riesgos; y esta será una de sus principales

características. El asunto, sin embargo, no acaba ahí. Décadas de debates alrededor de las emociones y la afectividad humana en la psicología, la sociología y la antropología cultural han llevado a que hoy en día las lecturas de corte naturalista, es decir, aquellas que entienden la emoción solo como una reacción fisiológica, resulten insuficientes. Gracias a las contribuciones de Marcel Mauss (2009 [1925]), Norbert Elias (1987), Pierre Bourdieu (1991), David Le Breton (2013), el propio Lucien Lévy-Bruhl (1985 [1927]), Clifford Geertz (1973), Robert Solomon (2007), Renato Rosaldo (2013), Catherine Lutz y Geoffrey White (1986), entre otros, es posible entender las dimensiones culturales y sociales de las emociones. Así, el miedo aparece ante nosotros no solo como una respuesta biológica del organismo ante un peligro, sino como parte de un complejo entramado de significados y prácticas construidas socialmente.

Para Mauss, por ejemplo, los sentimientos “se encuentran condicionados socialmente y varían de acuerdo con el tiempo, las condiciones y los agentes de expresión” (2009, 147). Para Le Breton, se trata de “modos de afiliación a una comunidad social, una forma de reconocerse y de poder comunicar juntos [...] la afectividad de los miembros de una misma sociedad se inscribe en un sistema abierto de significados, valores, ritualidades, vocabulario, etc.” (2013, 73). A la luz del concepto de hábito de Bourdieu, se nos presenta igualmente como:

un sistema de disposiciones durables y transferibles —estructuras estructuradas predispuestas a funcionar como estructuras estructurantes— que integran todas las experiencias pasadas y funciona en cada momento como matriz estructurante de las percepciones, las apreciaciones y las acciones de los agentes cara a una coyuntura o acontecimiento y que él contribuye a producir. (1991, 86)

Desde estas perspectivas, el miedo actúa como una modalidad de sentido, de comunicación y vinculación social. Allí radica su historicidad. De estas definiciones queda una pregunta ampliamente discutida en el campo de las emociones: ¿es el miedo una reacción biológica del organismo al peligro o, por el contrario, es enteramente una construcción cultural? Este falso binarismo, presente en los debates sobre el tema (Bolaños 2016; Harré 1988; Rosenwein 2015), puede zanjarse si se adopta, como en muchos de los estudios recientes, una postura que incorpore ambos universos. El miedo, como se entenderá acá, no puede atribuirse

exclusivamente a lo uno o a lo otro. Ambas dimensiones, la biológica (manifestada en incrementos de la presión sanguínea, sudoración, parálisis en algunos casos) y la cultural (miedos fabricados en contra de poblaciones específicas, a determinados espacios o sectores sociales) se relacionan, interactúan y condicionan mutuamente. Al fin y al cabo, es nuestra capacidad biológica de sentir, aprender y expresar emociones la que permite toda clase de construcciones culturales y sociales del miedo.

LOS MIEDOS DE UNOS Y DE OTROS

Volvamos al conflicto de fin de siglo. Al revisar las fuentes, resulta evidente que no toda la población experimentó la misma guerra. Algunas prácticas afectaron exclusivamente a los menos privilegiados, familias campesinas y pequeños terratenientes, infundiéndoles en ellos miedos específicos a sus condiciones de vida. En este apartado analizaré cómo el reclutamiento forzado, las depredaciones materiales y la judicialización afectaron sistemáticamente a los sectores más vulnerables de la población rural. Esta sección se enfoca así en los trastornos simbólicos que produjo el miedo en las formas y prácticas de vida dentro del marco anómalo de la guerra. Como se verá, esta emoción, en tanto forma de vinculación social, fue condicionada por la posición que ocupaba el individuo en la sociedad.

El reclutamiento fue tal vez uno de los principales detonantes de miedo entre los sectores populares de la sociedad. A finales del siglo XIX el país no contaba propiamente con ejércitos regulares, así que el estallido inesperado de la guerra produjo una necesidad inmediata de cuerpos. Para atenderla, tanto liberales como conservadores se lanzaron en una campaña de conscripción desaforada que produjo terror entre los habitantes de las regiones de Cundinamarca y Tolima. Con frecuencia, la población rural o de pequeños poblados se vio sometida a crueles depredaciones en medio de las levadas.

El alistamiento forzoso fue generalizado. Las tropas de uno u otro bando llegaban sin anunciarse a las haciendas y se llevaban grupos enteros de jornaleros o peones contra su voluntad, sin permitirles hacer uso de recursos legales para defenderse o darles la oportunidad de despedirse de sus familias (Bergquist 1999). Esta práctica fue recurrente tanto en zonas rurales como en pueblos pequeños, como revela una carta del general Brigard a un Dr. Losada, fechada el 18 de octubre de 1899.

En ella, el general comenta que para “capturar buenos indios para el servicio de las armas”, se enviaban escuadrones de hombres armados hacia la plaza de mercado, especialmente a las tiendas donde vendían bebidas alcohólicas y otros sitios de reunión del pueblo (Sicard 1901).

El miedo que generaba el reclutamiento llevó a muchas familias a abandonar sus hogares y buscar refugio en lugares inaccesibles como el monte. Huestes de pequeños propietarios y jornaleros sin recursos políticos o económicos para movilizar influencias a su favor se vieron en la penosa tarea de dejar atrás cultivos, animales y pertenencias, todos elementos vinculados a una “red o trama de sentidos con que le damos significados a los fenómenos o eventos de la vida cotidiana” (Geertz 1973) en la cual estaban también en juego afectos y emociones.

A las montañas no llegaba el poder efectivo del Gobierno ni de las instituciones transitorias que se formaron durante la guerra —como las cuadrillas guerrilleras—. Para el débil Estado colombiano de ese entonces era virtualmente imposible controlar todo el territorio disputado tanto en términos simbólicos como físicos. Algo similar sucedía con las tropas insurgentes, conformadas por hombres y mujeres del campo para quienes, a pesar de su gran conocimiento empírico del entorno, también era difícil adentrarse en la espesura de algunos parajes. “El monte”, como era conocido, se configuraría desde esta época en una suerte de santuario para el rebelde (Hobsbawm 2011), para aquel que desafiaba la autoridad al no prestar su cuerpo a la guerra.

La fuga al monte puede interpretarse asimismo como una práctica emocional, es decir, como una acción que resulta del miedo, no como una que lo genera. Esta precisión conceptual, elaborada con mayor detalle por Monique Scheer, resulta útil para pensar en una dimensión adicional del miedo: la de los actos (2012, 193-220). Así es posible comprender que el miedo no es solo producto de un estímulo externo o la toma de conciencia de un peligro, como recogen Delpierre (1974) y Steimer (2002). El miedo no solo se siente, sino que, por el contrario, se exterioriza por medio de acciones concretas y se manifiesta en prácticas emocionales como la huida o el ocultamiento. ¿Cuántas cosas no hacen las personas producto de sus miedos?

El miedo al reclutamiento forzoso se puede entender aquí como un reflejo básico de supervivencia estrechamente relacionado a los imaginarios de la muerte de los que nos habla Phillipe Ariès (1984).

El prospecto de morir seguramente desataba a nivel individual toda una serie de preguntas, angustias y miedos. Allí se estaba negociando la salvación del alma, los pecados, el imaginario del infierno o del cielo, todas las imágenes sacras y macabras del más allá. La conscripción se había convertido en sinónimo de muerte especialmente después de los eventos de Palonegro (Arboleda 1953), un cruel enfrentamiento —al parecer, el más costoso en víctimas de todo el conflicto— que se afincaría en el imaginario de la época. Así lo recordaría en sus memorias el oficial liberal Lucas Caballero (2015, 50), quien, sin haber estado presente en el combate porque estaba luchando por su cuenta una batalla contra la fiebre amarilla en Sutará, narraba:

Aquella batalla fue algo descomunal, algo inaudito. Las vidas las derrochaban los combatientes sin cuidarse del instinto. Era increíble que los nervios de los nuestros resistieran quince días de combatir de día y de noche, sin relevos, casi sin alimentación y sin sueño [...]. La fetidez de la atmósfera, por el incontable número de cadáveres en descomposición de seres humanos y de bestias, era[n] tan dominante e intensa, que persistió por semanas seguidas en las mucosas nasales de los sobrevivientes.

El testimonio de Lucas Caballero ayuda a entender cómo el miedo conquistó efectivamente los imaginarios sobre el destino y el futuro de los individuos. La guerra dejó de ser una idea, una angustia generalizada sobre la cual se discutía o leía en la prensa, y se transformó en algo real para quienes tuvieron que experimentarla de primera mano. Así, pasó a ser sangre y balas; quejidos y lamentaciones; cuerpos en descomposición: imágenes asociadas, además, al Juicio Final, al fin de los tiempos (Ariès 1984). Las víctimas del reclutamiento forzado entendieron la guerra, desde Palonegro, como una convocatoria a despojarse de la vida.

El siguiente poema, titulado “Carne de cañón”, habla de esta historia de reclutamientos por la fuerza desde la intimidad del verso. Es un relato crudo que retrata el universo funesto de la conscripción y ayuda a entender parte del imaginario construido alrededor de la muerte.

Soldados que atrapó la Dictadura // En sus pobres moradas
campesinas; // Armados de fusil y forniture; // Seguidos por oscuras
heroínas. // Nube de moscas, hijos de la gleba, // Convertidos por fuerza
en militares, // ¡Que así el destino sin piedad los lleva // Bien lejos,

a morir de sus hogares! // ¡Oh carne de cañón, pobres ilotas! //Que
sirven a los fines del tirano, // Fueran lo mismo férvidos patriotas // Si
el bando opuesto les pusiera mano! // ¡De todo corazón yo los perdono!
// Condenados están a eterno olvido, // ¡Y en los eriales, a servir de
abono // El cuerpo en que sus almas han vivido! (Arbeláez 1904, 153)

El poema narra un enfrentamiento desigual que arrastró sin contemplaciones a la población más vulnerable: al campesino, al niño, al abuelo, a las “oscuras” heroínas que, como muestra Jaramillo (1991), acompañaron a las tropas tejiendo, cocinando, espionando y cuidando a los enfermos. La guerra se los llevó a todos para servir como carne de cañón, los despojó de sus bienes y sus tierras y los devolvió anónimos a la historia del conflicto.

La conscripción, sin embargo, no constituyó la única vía de acceso a la guerra para los sectores populares. Como menciona Thomas Fischer (1998), la grave crisis económica llevó a muchos jóvenes, entre ellos artesanos, peones y jornaleros a apoyar a sus patrones por voluntad propia. En tiempos de incertidumbre, hacer parte de una de las cuadrillas guerrilleras garantizaba al menos el alimento diario, aunque pudiera costar la vida. En este escenario se revela otro atributo emocional: el miedo, como el resto de las emociones, no se manifiesta solo, sino en complejas redes emotivas. Como menciona Le Breton, “nunca tiene un solo tono, a menudo es mixta [la emoción], oscilando de un matiz a otro, marcada por la ambivalencia” (2013, 71). Aquí, el miedo que evoca la conscripción voluntaria (asociada, como vimos, a la posibilidad de morir en un enfrentamiento) se encuentra acompañado de otro tipo de manifestaciones emocionales: desde un fuerte sentido de la lealtad, seguramente indispensable para la adhesión de muchos de estos hombres y mujeres a las cuadrillas, hasta sentimientos al otro lado del espectro, como la seguridad, ligada a las garantías de alimentación.

Las palabras de Caballero nos ayudan, asimismo, a percibir una clara brecha en la experiencia de guerra en términos emocionales entre un general como él y los reclutas regulares. Para Caballero, los soldados derrocharon ese día sus vidas sin cuidarse del instinto, desentendidos de los nervios, a pesar de las fuertes adversidades. Su imagen es una proyección heroica del combate donde aparece un soldado ideal que entrega la vida por una causa. No obstante, detrás del velo romántico

que usa para dejar en alto los esfuerzos del liberalismo, se esconde una deshumanización discursiva, propia de la posición privilegiada de un oficial durante la guerra. Los hombres “de a pie” son despojados de sus emociones o reducidos a ser la representación de un valor privilegiado por la élite militar en su momento: el coraje. En clave emocional, estaríamos ante la presencia discursiva de unos soldados “sin miedo” que, en parte, contribuyó al silenciamiento de sus emociones. El miedo conforma, en este sentido, una parte fundamental de la teatralidad de la vida social (Le Breton 2013, 75): “el actor”, en este caso, Caballero, “es capaz de ‘jugar’ con la expresión de sus estados emocionales” y el de los soldados, “sintiéndose muy alejado de aquellos que serían socialmente adecuados” (Le Breton 2013, 75).

Finalmente, del relato de Caballero es posible sustraer una reflexión teórica. El miedo no siempre se encuentra en el archivo bajo los mismos rótulos. En esta narración, por ejemplo, no hay menciones directas a “miedo”, pero sí aparecen referencias a ciertos estados emocionales, concretamente en el uso de palabras como “instinto” o “nervios”. Aquí es claro que no se puede dar por sentado que quienes experimentaron el miedo, o quienes lo dejaron consignado en sus memorias, tenían plena consciencia del significado de lo que se estaba sintiendo. Las emociones, como menciona William Reddy (2001), funcionan parecido a los colores. Como sociedades, compartimos nociones y acuerdos que nos permiten afirmar que efectivamente sentimos miedo o alegría, pero en realidad se trata de una experiencia profundamente subjetiva. Lo mismo sucede con sus formas de representación, que no siempre son las mismas. Esto explica la heterogeneidad de las menciones al miedo en las fuentes, donde a menudo se intercambian los términos “terror”, “horror”, “pavor” o “angustia” para hacer referencia a esta emoción en particular.

Volvamos a la lectura del miedo como “reflejo de supervivencia” enunciada arriba. Al respecto, debo aclarar que, si bien el miedo a la muerte es una emoción que compartimos como especie, este también estuvo atravesado por una realidad histórica concreta. Las condiciones desiguales de participación en la guerra expusieron a unos sectores, más que a otros, a este tipo de reacciones emocionales. Es decir, el miedo, como emoción, afectó especialmente a aquellos que, sin recursos económicos o políticos, en un ambiente donde la vulneración se había hecho norma, no tuvieron más remedio que aceptar el sombrío destino que prometía el

combate armado. La situación no pudo ser más distinta para los sectores acomodados de la sociedad, concentrados sobre todo en ciudades principales como Bogotá (o en el exilio, como fue el caso del general Rafael Reyes) donde no solo se vivió la guerra de forma muy distinta, sino donde sus recursos políticos y económicos eran más abundantes y efectivos. Esto no quiere decir, sin embargo, que la guerra no hubiera llegado a las ciudades. Bogotá experimentaría jornadas de conscripción masiva y otros “actos de horror”, como la exhibición pública de cadáveres.

Todas estas depredaciones sobre la población se justificaban con el argumento de que el sostenimiento de la guerra recaía en el enemigo (Jaramillo 1991, 130). Así, además de cuerpos, la guerra convirtió haciendas, capitales y animales en objeto constante de expropiaciones y secuestros. Tanto el Gobierno central como el liberalismo en pugna tuvieron que echar mano de los bienes de la población una vez los préstamos y el dinero comenzaron a menguar como resultado del conflicto. El episodio de la Hacienda Perea en Sasaima, Cundinamarca, revela algo de este tipo de situaciones. Aparicio Perea, propietario de la hacienda, le escribió a finales de 1899 a Zoilo García, presunto encargado del terreno, dando órdenes de esconder las mulas y los caballos para que no hicieran parte de las requisiciones del Gobierno (Perea 1899). Las acciones de Perea muestran cómo la dinámica del cuerpo escondido en el monte se reproducía de forma similar con las propiedades materiales. En este caso, la pérdida de tierras, animales o de capital, como resultado de contribuciones forzosas, representaba serias consecuencias para los sectores ya debilitados por la crisis. La guerra no solo se llevaba los cuerpos que trabajan la tierra, sino todo aquello que se producía en ella. Sin los medios de subsistencia, no quedaba sino malestar, hambre, frío; quedaba el miedo.

La respuesta a las constantes depredaciones no siempre fue la misma. Si bien para unos el “monte” se convirtió en un lugar de refugio, para otros la solución fue defender lo propio por las armas. Este es el caso de muchos jefes guerrilleros, entre los que se encuentra el famoso Cesáreo Pulido, quien, según relata Tulio Arbeláez, “solo se unió a la revolución cuando una comisión del Gobierno abusó de su propiedad y de sus parientes en Viotá” (1904, 19).

Si salimos de las haciendas y fijamos la mirada en el conjunto del país, estas experiencias emocionales hablan de las precarias condiciones de gobernabilidad que tuvo que enfrentar la Regeneración durante la

guerra. A pesar de representar el oficialismo y tener toda la maquinaria institucional, lo que se ve es un régimen erosionado no solo por divergencias políticas, ideologías encontradas o el súbito declive económico, sino por la desconfianza, sentimiento que el miedo ayudó a reforzar.

El ambiente de miedo y vulnerabilidad creció con el recrudecimiento de la persecución al enemigo; y fueron los habitantes de las provincias quienes realmente sufrieron las consecuencias. Con frecuencia, los sectores populares se vieron sometidos a arrestos masivos de hombres y mujeres como resultado de la ejecución de una fuerte política gubernamental de judicialización a todos aquellos simpatizantes de la insurgencia o guerrilleros “en potencia” (Bergquist 1999, 186). Los telegramas de Sicard Briceño al ministro de guerra desde Fusagasugá, donde comentaba sus esfuerzos por limpiar la zona cafetera alrededor de Cumacá y Calandaima, son elocuentes:

[T]anto unos como otros son cómplices y auxiliadores de aquellos bandoleros a quienes ocultan en sus casas; en consecuencia los remitiré a todos a esa creyendo deben mandarse los hombres como reclutas a la costa y a las mujeres imponerles el castigo que S.S. estime conveniente, pues son de muy mala ley. (Sicard 1901)

Este miedo mortal a la judicialización provenía de una “delicadeza semántica”, como expresa Jaramillo, pues el Gobierno, en sus procesos, hacía una distinción fundamental entre prisioneros de guerra y miembros de bandas de malhechores. El castigo para los primeros era la cárcel; para los segundos, el fusilamiento. El siguiente episodio da cuenta de los agudos estados emocionales que experimentaban los combatientes ante el prospecto de ser pasados por las armas:

La mayor parte de la noche la pasamos haciendo reminiscencias de lo últimamente acontecido, cada cual refiriéndose a lo suyo propio y de sus compañeros, y aun con relación a algunas especies mortificantes, con motivo de las escenas producidas en Garzón durante la capilla, especies referidas salerosamente por Calderón y por Calvo; decía este último que cuando les leyeron la notificación de ser pasados por las armas al día siguiente, “fue tal la terrorera que le entró, que se le paseaba un frío por encima de la nariz, y desde la cabeza hasta los pies”; “me vía difunto” y se echaba a reír como tratándose de un recuerdo agradable. (Arbeláez 1904, 43)

LUGARES Y TEMORES

El poema “Carne de cañón” también arroja luces sobre el vínculo entre emocionalidad y espacio, al referirse a la distancia: “que así el destino sin piedad los lleva // bien *lejos*, a morir de sus hogares”. La guerra produjo un desplazamiento irregular de tropas de distintas regiones hacia escenarios desconocidos y en muchos casos inhóspitos. Sobre esto es necesario aclarar que las guerrillas por lo general desplegaron sus operaciones en territorios familiares para obtener ventajas geográficas y tácticas sobre sus enemigos. Sin embargo, como se verá más adelante, algunas tropas tuvieron que enfrentarse a los rigores del clima y los elementos lejos de sus lugares de origen. Así, la guerra se convirtió en responsable de fuertes desarraigos geográficos al separar a los individuos de aquellos espacios que fundamentaban sus identidades colectivas. Como se aprecia en el poema, el imaginario de la muerte incorporaba también un sentido de pertenencia al “hogar”, a la necesidad de morir entre los suyos, en su tierra, en “su mundo”, y no en lugares despojados de sentido.

Lo anterior se puede leer como una reacción emocional. Se trata del arraigo a ciertos espacios que sirven como matriz de identidades y relaciones sociales íntimas, y del miedo a abandonarlos. La guerra condujo a la separación abrupta entre el individuo y los espacios que conocía y asociaba a la seguridad o el bienestar (como el “terruño”, la familia, el hogar), “espacios libres de control y opresión donde se construyen las solidaridades y sociabilidades” (Hooks 2006, 41), razón por la cual la “distancia”, como muestra el poeta, se convertía en un detonante de miedo.

La precaución de entrar al monte para evitar el reclutamiento tiene también una dimensión geográfica. Por un lado, resulta interesante verla como una de las prácticas del pueblo para combatir el miedo mediante los usos del espacio: el acto de esconderse en el monte implica un conocimiento geográfico adquirido, un grado de sensibilidad espacial gracias al cual el individuo es capaz de identificar los márgenes de “su mundo” y ubicarse fuera de ellos en busca de protección. Por otro lado, hace evidente una profunda transformación durante la guerra en la relación del pueblo con espacios importantes de su cotidianidad como el hogar, el “terruño”, la plaza o incluso la tienda, como trasluce en la correspondencia de Brigard. El ambiente de vulneración constante provocó un desplazamiento doble de la representación de ciertos lugares:

para muchos, el hogar pasó de ser un lugar de refugio y seguridad a uno de peligro inminente, de miedo; y el monte, de ser un lugar de amenazas, de lo inhóspito e indomable, a uno de protección y amparo. Como menciona Ulrich Oslender (2008):

el miedo opera como agente que pone en acción un proceso que podríamos denominar ‘des-territorialización mental’. Este se da cuando, como resultado de la violencia, ciertos lugares parecen peligrosos y esta percepción (mental) resulta en la evasión (práctica) de estos lugares y así en la pérdida o una ruptura del control territorial.

El miedo produce así una fragmentación mental y espacial que condiciona aspectos básicos de la vida personal y colectiva. Quien abandona su hogar, cambia su rutina, sufre la desarticulación de sus círculos sociales y altera su relación con el entorno. La conceptualización de Oslender se asemeja a la “topofobia” empleada por Cepeda (s. f.) para describir los “espacios que debido a la oscuridad y alejamiento se reconocen como lugares peligrosos; espacios que por sus estructuras degradadas producen riesgo a los usuarios; y espacios donde la insalubridad es la principal característica”, es decir, lugares que los individuos valoran de forma negativa.

Montefrío fue uno de estos lugares. La vereda, ubicada en el departamento del Tolima y considerablemente alejada en altura y distancia de cascos urbanos importantes en la época, se convertiría en el escenario de un terrible mito durante el transcurso de la guerra. Se decía que Tulio Varón, jefe guerrillero, tenía una serie de “cuevas a donde llevaban los prisioneros que, colgados con ganchos de carnicería, eran torturados por niños provistos de filosos cuchillos” (Jaramillo 1991, 76). Aunque la información es insuficiente para entender qué llevó a la configuración de esta vereda como un lugar asociado a la muerte, quisiera destacar precisamente su transformación en un espacio de esta naturaleza. El nombre de la vereda engendraba miedo en la población: a Montefrío se iba a morir.

El clima es otro factor que aparece con recurrencia en los diarios de los soldados como motivo de alteración del estado emocional. A su manera, tanto los combatientes como la población civil tuvieron que enfrentar los efectos —algunas veces devastadores— de distintas zonas climáticas. La constante marcha de tropas y de prisioneros arrastró a

muchos hacia páramos y regiones calientes donde, en medio de las precarias condiciones de guerra, la muerte pudo echar mano de los más débiles:

[...] recordaremos también que muchos de los prisioneros entregados en Garzón, y más tarde en Neiva para ser conducidos por tierra al Espinal, fueron sacrificados en la vía, por haber cometido el grave delito de no resistir las fatigas consiguientes a la marcha, como sucedió con el anciano Laureano Tovar, de Aipe, a quien después de un año de prisión en Neiva lo incorporaron a la cadena de prisioneros nuestros, y fue ultimado sin misericordia antes de llegar a Villavieja. (Arbeláez 1904, 90)

Por su parte, el miedo a algunas enfermedades se asoció directamente al clima, como recordaba Tulio Arbeláez en su paso por la cárcel de El Espinal (Tolima), el 20 de septiembre de 1902:

La cárcel pública de este lugar es un edificio de tapia y teja, bastante sólido y seguro, pero de una disposición impropia para el objeto a que está destinado, careciendo de agua potable, como la casi totalidad de las casas de la población, que no la poseen sino de aljibe, de pésima calidad. Viene de esta circunstancia de la insalubridad del clima, y el que reinen principalmente la fiebre y la disentería, que se han hecho endémicas en el poblado, y son el terror de sus habitantes y gentes que lo visitan después de prolongado verano; tales enfermedades diezman la población, perjudicándola notablemente en su desarrollo y crecimiento, que hasta hoy se han mantenido estacionarios. (1904, 91)

Este recuento hace explícita la realidad de muchos entornos rurales durante la guerra. Relativamente lejos de las cabeceras municipales, en medio de la acentuada crisis económica y el vuelco sustancial de recursos hacia el esfuerzo de guerra, muchos de ellos encontraron poca o nula asistencia del Estado. Sus habitantes quedaban de esta manera a merced del clima, la falta de infraestructura y las enfermedades. De cierto modo esto lleva a pensar que la desatención estatal y la débil institucionalidad del país en el momento contribuyeron a la inestabilidad emocional de los habitantes de regiones periféricas (más adelante introduciré un matiz a este argumento, pues también hay evidencia de grandes miedos en

la capital). Con poca o ninguna garantía de parte del poder central, familias y combatientes tuvieron que vivir en medio de la incertidumbre y un ambiente constante de malestar; debido a su ubicación geográfica, tuvieron que convivir con el miedo.

Los prisioneros de guerra de la cárcel de El Espinal experimentaron intensos estados mentales como resultado de las condiciones climáticas y las propias circunstancias de presidio. El clima se convirtió así en aliado del ya temible control de cuerpo ejercido desde la prisión. Como recuerda Tulio Arbeláez:

El mismo patio sirve para excusado de los presos, y no hay en él otro abrigo para favorecerse de la intemperie, el sol y de las aguas de lluvias, que una miserable ramada que ni de los rayos solares resguarda; la perspectiva del invierno es tan cruel, tanto por las enfermedades que con él se multiplican, como porque no habiendo otro refugio que el salón para todos los presos, cuando llueve, se hace la estadía en tan reducido espacio por demás insoportable.

Ha sido el calor nuestro más constante enemigo debido a la poca ventilación de esta mazmorra, que no tiene sino dos pequeñísimas rejas a considerable altura del suelo, por donde necesariamente ha de salir el aire viciado de la respiración de *cuarenta personas*, y por el carbono de la combustión del alumbrado durante la noche. Sucios y más que incómodos estos salones, fueron, sin embargo, el lugar donde soportaron nuestros desgraciados compañeros *diez y nueve días* de encierro, la mayor parte de ellos con esposas, que llegaron a serles un verdadero tormento. (1904, 91-92; las cursivas son del original)

Antes de concluir este breve paso por las relaciones entre el clima y las emociones, veamos un poema de Arbeláez escrito el 8 de junio de 1902 en Sumapaz, inspirado en los rigores y el terror a la muerte que infundían algunos parajes colombianos. El páramo, por ejemplo, fue tanto aliado para la fuga como enemigo mortal. Según cuenta el poeta, muchos perecieron entre sus frailejones:

Acuarela en el páramo

Estropeado y enfermo, sin pan ni abrigo, // En la parte más
alta de la montaña, // Se quedó abandonado, sin un amigo, // De
los muchos que hicieron con él campaña. // Era noche, y muy lejos

del campamento; // Refugiose en el hueco de unos peñones, // Y extenuadas las fuerzas, ya sin aliento, // Se hizo mullido lecho con frailejones. // No hubo fuego ni cena que restaurara // Aquel pobre organismo, medio aterido, // Y mirando la Pálida, cara a cara, // Se quedó entre sus brazos, como dormido. // Era noche, y la Luna en el firmamento, // Se elevó majestuosa, serena y fría; // Saludada con gozo en el campamento; // Para aquel rezagado llegó tardía. // Vino luégo la lluvia de la nevada // A cubrir con su manto de puro armiño, // El cadáver enjuto, la acurrucada // Y estrambótica momia del pobre niño. // Cuando el sol con sus rayos en el Oriente // Disipó las neblinas de las montañas, // Derritiendo la nieve que halló en su frente, // Respetó los cristales de sus pestañas. // Y eran ellos cual lágrimas del moribundo, // Vertidas por los seres que abandonara, // Al dejar las miserias de nuestro mundo, // Y mirando la Pálida cara a cara! (Arbeláez 1904, 72)

Este poema es una negociación con el paisaje que activa una tensión entre la belleza estética y lo macabro. Por un lado, tenemos una luna majestuosa, la lluvia que cubre con su manto la montaña; y por otro, el hombre abandonado, el cadáver, la momia del niño. Acá lo inhóspito refuerza el imaginario de mortalidad y se articula al miedo: el páramo es bello, pero peligroso. Así, “estropeado y enfermo, sin pan ni abrigo” como consecuencia de la guerra, aquel que cruzaba los campos de frailejones seguramente sentía no solo el frío de la montaña, sino otro más poderoso que le surcaba la espalda: el miedo a morir allí.

Con todo, parece que estas excursiones por el páramo y otras regiones geográficas que planteaban serios riesgos a la vida no eran la norma, sino la excepción. De hecho, las fuentes de Jaramillo revelan que las acciones guerrilleras, por lo general, se efectuaron dentro de las fronteras de lo que consideraban propio. Solo en casos extraordinarios o de absoluta necesidad se perseguía al enemigo fuera de los linderos de las haciendas beligerantes o los límites geográficos convenidos por los jefes de cuadrilla. Más allá no se iba. Aunque este fenómeno ha sido explicado de diversas formas (desde su importancia como táctica militar irregular o como resultado de las condiciones que imponía la disponibilidad de recursos para las tropas), es importante introducir aquí un nuevo vector, relacionado con las mentalidades, con lo emocional. Así, aventuro la

hipótesis de que esta restricción en los teatros de la guerra también estuvo condicionada por la relación emocional con el espacio: más allá de estas fronteras, como vimos con el páramo, se encontraba la muerte, lo desconocido, la ausencia, lo insalubre, la distancia que separaba al individuo de sus seres y lugares queridos. Más allá estaba el miedo.

Además de ser refugio y complemento táctico en los enfrentamientos, la naturaleza sirvió a las cuadrillas guerrilleras como base para emplear tácticas de miedo. Con frecuencia, cuando era necesario evitar que el enemigo montara persecuciones o transitara determinadas zonas, los combatientes escenificaban auténticos “paisajes de miedo” (Tuan 1979). Decoraban las trochas con calaveras, fémures donde la marca del machete era visible, osamentas y despojos humanos para desalentar el paso del enemigo. Las fuentes revelan que las marchas por algunos de estos parajes producían estados nerviosos agudos en las tropas del Gobierno, por lo cual dejaban de frecuentarlas (Jaramillo 1991, 161). La puesta en escena de paisajes del miedo pone en primer plano la teatralidad de las emociones de la que habla Le Breton, y que es posible agenciar emocionalmente los lugares a través de significados o valoraciones socialmente construidas.

Retomando a Cepeda, todos estos casos nos permiten “comprender las relaciones entre los procesos espaciales y los miedos sociales” (Cepeda s. f.). En el caso de la guerra, como hemos podido identificar, se articularon una serie de imaginarios que, a partir del miedo, terminaron transformando el significado de los lugares. Es decir, la guerra, desde lo emocional, modificó las relaciones del individuo con su espacio.

ACTOS DE HORROR: COMUNIDADES Y REGÍMENES EMOCIONALES

El miedo, como el resto de las emociones, no es monocausal. Por el contrario, encuentra sus orígenes en un amplio y heterogéneo grupo de circunstancias: desde experiencias traumáticas en la infancia temprana, significados sociales de muy larga data (al mar, a la noche) y coyunturas políticas (el terrorismo), hasta el vértigo que experimenta un alpinista cuando, una vez se acerca a la cima de la montaña, decide mirar hacia abajo. Entre estas causas es posible distinguir dos categorías: en la primera, el miedo es el resultado de acciones o lugares cuyo propósito no es necesariamente engendrarlo. Es el caso, por ejemplo, del reclutamiento forzoso, el secuestro de bienes y animales, las zonas de clima caliente o los páramos. En la segunda, como se puede evidenciar en el relato

sobre el asalto nocturno a las tropas del Gobierno por una cuadrilla de macheteros que reproduce al inicio del texto, el miedo es producto de una práctica consciente, deliberada, destinada a desatar terror en el otro. En este apartado me concentraré en el miedo como pieza de cohesión o articulador de sociabilidad.

Los “actos de horror”, o prácticas cuya finalidad era generar miedo en el enemigo o en la población civil fueron muy comunes durante el conflicto. Tanto, que el Gobierno se vio en la necesidad de añadir nuevos crímenes a la lista de delitos punibles con consejo de guerra (Bergquist 1999). Esto, sin embargo, no impidió que la violencia se hiciera endémica y adoptara formas en extremo horribles, incluso en las filas de las tropas oficiales:

[...] fuimos sorprendidos en nuestro campamento de “Sumapaz” con la dolorosa noticia de nuestro compañero y amigo Coronel Enrique Lozano, de Fusagasugá, con diez y ocho individuos más, había sido sorprendido en la región de Icononzo y ultimado sin misericordia, por una fuerza del Gobierno, destacada en su persecución, al mando de Eugenio Ortiz, de Pandi. Como trofeo de la víctima principal, que fue Lozano, llevado en triunfo por el esbirro a sus sanguinarios Jefes, sabemos que figuraron los bigotes y barba del gallardo mancebo, de distinguido y elegante porte, que era todo un artista, de oído músico y voz privilegiada para el canto [...]. Los bigotes del benemérito General Obando fueron también conducidos a Bogotá, por sus victimarios, como un trofeo digno de los agentes del verdugo, y no como agentes de un partido. (Arbeláez 1904, 74)

En ocasiones, la disciplina interna de las guerrillas liberales se impuso por medio de torturas y actos públicos de violencia. Para los comandantes, el miedo permitía mantener el cuerpo de sus combatientes a raya. Cuenta Jaramillo que quienes “practicaban el reclutamiento forzoso, donde la cohesión no podía apoyarse en fidelidades, buscaron mantenerla [la disciplina] por medio del terror, valiéndose para ello de los fusilamientos, las dianas y la brutalidad en su trato” (Jaramillo 1991, 48).

“La capilla”, por ejemplo, fue una práctica de miedo recurrente tanto para disciplinar las tropas como para reducir el estado emocional de los enemigos en cautiverio. El castigo consistía en parar al individuo a la intemperie y construir una pequeña prisión a su alrededor con fusiles,

como si fuera una capilla. Allí debía permanecer inmóvil, pues cualquier movimiento podía destruir la frágil estructura y condenarlo a morir fusilado. Llama la atención aquí la subversión del sentido religioso del término: de símbolo de lo sagrado del cristiano a escenario de degradaciones y muerte.

Este tipo de acciones sustentadas en el miedo habla de las tensiones y las formas de sociabilidad en las filas liberales y, en general, del contexto de la guerra. Como menciona Jaramillo, muchas de las guerrillas se conformaron a partir de vínculos ya existentes con la tierra. Algunas, de hecho, no eran más que grupos de hacendados alzados en armas que habían entregado fusiles a campesinos y peones para defender lo propio, como es el caso de Cesáreo Pulido y otros generales liberales de la época. Las relaciones internas de estas agrupaciones, como resultado, fueron una mezcla de camaradería, riñas y jerarquías. Esto hace posible pensar las guerrillas liberales como comunidades emocionales, definidas por Barbara Rosenwein (2015, 2) como “grupos dentro de los cuales las personas se adhieren a las mismas normas de expresión emocional y valoran (o desvalorizan) las mismas emociones o aquellas relacionadas”.

Desde esta perspectiva, las guerrillas de la Guerra de los Mil Días pueden entenderse como conjuntos humanos que funcionaban al amparo de unas estructuras de poder, como vimos con los actos de disciplinamiento, pero también sobre bases emocionales compartidas. La capilla, las torturas y las ejecuciones, por ejemplo, se convirtieron en referentes comunes de miedo para los combatientes, del mismo modo que algunos lugares, como Viotá —una suerte de refugio guerrillero— (Trujillo 2016), se convirtieron en sinónimos de tranquilidad, seguridad y alegría. A este acervo compartido de significados y símbolos relacionados con las formas de sentir se le puede llamar matriz emocional o, en términos de Le Breton, una “cultura afectiva” (2013, 74). El miedo, en este caso, representa solo uno de los nodos de esta compleja estructura, conformada también por otras emociones como la alegría, la tristeza, la ira, etc.

Disciplinar el cuerpo y la mente de los soldados para mantener el orden y la jerarquía es, sin duda, un acto de poder. Pero más allá de esta connotación foucaultiana, quisiera subrayar la existencia de elementos emocionales que atraviesan este tipo de actos. El orden se infunde, así, a partir del miedo, sea al “gran hacendado” (que funge como líder y que tiene la potestad de pasar por las armas a los subordinados), a la muerte o al hambre.

Desde una aproximación distinta, la adhesión de los individuos a las guerrillas puede verse como una forma de combatir el miedo. Se podría decir que el ambiente generalizado de malestar durante el conflicto provocó la consolidación de comunidades emocionales enraizadas en las estructuras sociales imperantes. Para quienes no veían más que hambre o muerte en su futuro cercano, la guerrilla representaba también un espacio de seguridad. Acá el concepto propuesto por Barbara Rosenwein de “comunidades emocionales” debe entenderse con ciertos matices. Las guerrillas no eran estructuras uniformes, sino sistemas humanos desordenados, altamente volátiles, cambiantes y contestados desde su mismo núcleo. De la mano de William Sewell (2005), hago énfasis en el carácter contradictorio, no integrado, cambiante y difuso de los grupos humanos, para evitar caer en la falsa idea de que las guerrillas liberales eran conjuntos homogéneos o que su funcionamiento era regular. Jaramillo incluso menciona numerosos casos en los que los comandantes llegaron a temer por sus vidas debido a los desmanes de los combatientes, los efectos del trago y las disputas internas. Lo que me interesa resaltar a propósito de estos grupos es la existencia de una serie de condiciones de vida y de circunstancias históricas que afectaron de forma semejante a grupos de individuos y que pueden explicar la aparición de emociones compartidas.

En la capital del país la situación emocional tuvo dinámicas distintas. El miedo se había convertido en asunto diario como consecuencia de la recia actividad del entonces director de la Policía Nacional, Aristides Fernández, “personaje tenebroso”, descrito por Luis Eduardo Nieto Caballero como:

un tremendo enigma [...] todo en él se juntaba para inclinarlo a la bondad, para hacerlo feliz, generoso, expansivo. Y sin embargo, por uno de esos misterios que acaso sólo expliquen las ignoradas lesiones cerebrales, Fernández fue la tempestad. Por nuestra historia ha pasado como un azote de fuego. Se dijera que llevaba escorpiones en la diestra y que había encontrado y cabalgaba el caballo de Atila. (1984, 251)

Las palabras de Nieto Caballero no son del todo exageradas. Fernández, además de su papel protagónico en el golpe de Estado que llevó al derrocamiento del presidente Sanclemente el 31 de julio de 1900

(Henderson 2006), sumió la ciudad en un estado de alerta y zozobra. Cuenta Bergquist que por medio de la prensa creó todo un clima de opinión para formar una base de apoyo en contra del liberalismo. *El Colombiano* y *La Opinión* se convirtieron así en plataformas de noticias sensacionalistas que atribuían a los liberales numerosos “pillajes, incendios de haciendas y asesinatos a conservadores en las zonas rurales” (Bergquist 1999, 192). Mediante la palabra exaltó los ánimos, desatando un ambiente de desconfianza y vulnerabilidad, llegando al punto de ofrecer recompensas a quienes tuviesen información sobre colaboradores liberales y ordenar patrullajes nocturnos y requisas sorpresivas por la ciudad. Sus acciones represivas y violentas fueron manifestaciones de la parte más belicosa de la Regeneración. Su búsqueda de orden y control fue implacable; y en el camino encontraría al miedo como gran aliado.

Además de la constante persecución, el fusilamiento de numerosos jefes liberales sin someterlos a juicio y gran cantidad de arrestos masivos a supuestos simpatizantes de la causa liberal, Fernández recurrió también y sin miramiento a “actos de horror” para engendrar miedo entre la población y en sus adversarios. Como recordaba Aurelio Mazuera (1983) en sus memorias, el futuro ministro de guerra llegaría al extremo de exhibir en la Plaza de Bolívar los cuerpos mutilados de tres víctimas de una cuadrilla de macheteros.

Lo que encontramos aquí, a partir de estos testimonios de guerra, es la configuración de un régimen emocional, definido por William Reddy como un “conjunto de emociones normativas y de rituales oficiales, prácticas y *emotives* [expresiones emocionales] que expresan y se nos inculcan; un fundamento necesario de cualquier régimen político estable” (2001, 129), en el cual el miedo desempeñó un rol central. Esta emoción sirvió a quienes la emplearon, como Aristides Fernández, para disciplinar, censurar y ordenar el entorno social, pero sus efectos fueron ambivalentes en el plano afectivo. Los actos de horror, si bien cumplieron con el objetivo de controlar, también produjeron alteraciones en las regulaciones morales, la vida en comunidad y engendraron sentimientos de inseguridad. En las matrices emocionales de las personas que experimentaron estos terrores, el miedo adquirió una posición preponderante como forma de entender la realidad.

EPÍLOGO: ARCADIA

Así como se apoderaron de muchos, los miedos también fueron objeto de combate en el campo de los significados y las prácticas. Al temor se antepuso la seguridad; a la muerte se le enfrentó la vida; y a las topofobias se contrapusieron las topofilias. De forma similar a los montes, Viotá, en el departamento de Cundinamarca, se convirtió en una suerte de “Arcadia” en el imaginario de la insurgencia liberal. Ubicado sobre el piedemonte de la Cordillera Oriental, a 86 km de la capital, y atravesado por la cuenca hidrográfica del río Calandaima, este municipio poco asistido por el Gobierno pasó a ser uno de los bastiones de las guerrillas liberales durante la guerra. Allí llegaban las tropas en busca de refugio, comida y descanso, recursos provistos por los habitantes, en su mayoría, simpatizantes de la causa. En este lugar los soldados podían pasar temporadas alejados de la carnicería, dedicados al cuidado del campo o a oficios varios mientras se reincorporaban al combate. Viotá, desde esta perspectiva, fue un refugio temporal contra el miedo.

Algunas de las técnicas de “decepción” que utilizaron los guerrilleros en este tipo de escenarios para burlar la conscripción o el combate revelan aspectos interesantes de la relación de los sectores populares con su entorno en esta lucha constante contra el miedo. Debido a que la indumentaria de combate no era muy distinta a la de su oficio, el guerrillero que buscaba escapar de las tropas del Gobierno o de la muerte podía mimetizarse fácilmente con su entorno, aparentando ser un trabajador común y corriente en alguna hacienda. El guerrillero se convertía así en parte del paisaje, donde, escondido a plena luz del día entre los elementos que le daban significado a su permanencia en estos lugares, lograba esquivar el peligro.

Aunque las fuentes revisadas no mencionan concretamente otros espacios como este, el caso de Viotá abre la posibilidad para imaginar que existieron otros similares durante el conflicto: lugares de “paz” en medio de la guerra, refugios del ambiente enrarecido que había traído el conflicto y, sobre todo, espacios en los que el individuo perseguido podía escapar temporalmente del Gobierno. Este fenómeno, a la luz del contexto general de la guerra, es un indicador tanto de la configuración de nuevas formas de sociabilidad en las que los espacios fueron adoptando significados políticos, como de la debilidad generalizada del Gobierno, incapaz de hacer frente a este tipo de prácticas.

La historia de Viotá también es una clara muestra de cómo, a inicios del siglo xx, ciertos espacios empezaron a asociarse a la política, hasta llegar a la conocida fragmentación bipartidista del país durante la Violencia. Este municipio, en particular, se convertiría en uno de los escenarios principales de la insurgencia contra el Gobierno. Entre 1920 y 1940 aparecerían allí los primeros sindicatos agrarios y una multitud de células comunistas que declararían la zona como república independiente (Bergquist 1999, 27-53). La experiencia de Viotá nos habla así de un proceso de producción de representaciones alrededor de determinados lugares en el cual se destaca la agencia no precisamente de los partidos y sus respectivos directorios, sino de los sectores populares, sus experiencias y emociones. Visto de esta manera, el imaginario sobre este espacio resulta de una serie de prácticas cotidianas y populares, entre las cuales encontramos actos emocionales, que más adelante convertirían el municipio en una “zona roja” por excelencia.

CONCLUSIONES

Al inicio de este trabajo formulé algunas preguntas que espero que contribuyan al debate académico acerca de la Guerra de los Mil Días y las emociones. En esta oportunidad, a partir del miedo he intentado problematizar la participación en el conflicto de distintos sectores sociales, la espacialidad y el uso del miedo como recurso bélico. Con ello, busco contribuir al fortalecimiento de la historia de las emociones como vía de acceso al pasado y visibilizar uno de los tantos silencios que invaden los estudios de los conflictos armados en el país: el de los universos afectivos de las personas involucradas.

Las emociones permiten entender la existencia de múltiples guerras: unas muy abstractas, propias de generales que proyectaban sus ilusiones e ideales; otras más viscerales, apegadas a las condiciones materiales de vida que vivieron sobre todo los sectores subalternos; y otras tantas que se libraron al interior de los individuos. En estas últimas he querido centrar la atención, pues la guerra no solo se libró en el campo de batalla, sino también por dentro, en el campo de las emociones. Lo afectivo también fue escenario de fuertes trastornos y negociaciones. A diario, hombres, mujeres y niños envueltos en el torbellino de la guerra, luchaban por su cuenta contra el miedo a la muerte, al hambre, a la rapiña o al capataz de la cuadrilla.

El estallido de la guerra produjo una alteración en la matriz emocional de distintos colectivos sociales. El estado generalizado de alarma e inseguridad del país, producto de los combates y las constantes vulneraciones relacionadas con la guerra irregular, tuvo como resultado una reorganización de significados en la cual el miedo se convertiría en una parte fundamental de las redes emocionales de los sectores más vulnerables de la población. Esto hace evidente que la enorme desigualdad en las relaciones que se tejieron entre los individuos y su realidad en medio del conflicto (atravesadas por sus condiciones de vida y posición social) se tradujo también al plano emocional: la guerra, “por dentro”, no afectó a todos de la misma manera.

A esta evidente desigualdad en las experiencias individuales y sociales, sin embargo, se contraponen la naturalización del miedo y las prácticas emocionales asociadas a él. El conflicto subvirtió el orden establecido, las reglamentaciones, las prohibiciones e hizo difusos los límites del acto y la palabra, desencadenando una oleada de actos de horror que rápidamente se transformó en lo cotidiano, en lo usual, en parte de la vida. Este fenómeno fue tan fugaz como la guerra misma, pero sus efectos más inmediatos calaron hasta lo más profundo de los imaginarios populares. Tanto, que durante este corto periodo aparecería toda una generación de “niños sin miedo”, pequeños criados al calor del conflicto e imbuidos en redes emocionales en las que el miedo era la norma y no la excepción. En el campo de batalla estos infantes demostraron no tener reparo ante el derroche de vidas, hecho que nos recuerda que las emociones “son vehículos por medio de los cuales los niños son integrados en las actividades y mundos comprensivos (‘understandings’) de los adultos” (Lutz 1983, citado por Ramírez 2001, 187).

La naturalización del miedo lleva a pensar asimismo en consecuencias del conflicto distintas a los costos políticos y económicos para tal o cual facción, y más cercanas a los imaginarios de la población. La guerra produjo un deterioro vertiginoso del tejido social del país al convertir el miedo en la emoción dominante de los sectores más vulnerables. Lo anterior, llevado al plano social, podría explicar también la debilidad del oficialismo a inicios de siglo, la oposición latente de ciertos sectores hacia la Regeneración y, en general, el clima de tensión, inseguridad y desconfianza hacia las instituciones.

El miedo hace posible identificar múltiples negociaciones de significados en torno a prácticas, imaginarios, espacios y objetos. La guerra, emocionalmente, condujo a una reorganización de las redes afectivas de las personas que la vivieron y al desplazamiento de múltiples representaciones: el terruño dejó de ser un símbolo de seguridad y bienestar; el monte se volvió un aliado; el vecino, un compañero de armas o un posible simpatizante del enemigo; la comadre, una espía; el machete, un arma efectiva. Así, el remolino de la guerra no se vivió solo en la materialidad, sino también en incontables luchas internas por darle sentido a aquella realidad anómala.

Y así como las luchas fueron varias, también lo fueron los miedos. Con ello, me parece importante subrayar que durante la guerra no hubo tal cosa como “el miedo” o un solo miedo como gran categoría histórica. El miedo no fue algo homogéneo. El conflicto detonó más bien una serie de miedos concretos, profundamente relacionados con la experiencia individual. Era miedo a la muerte, pero también al hambre, a la distancia, a la soledad, a perder al otro, al despojo, al futuro, al clima, al páramo, a la prisión... Todos gestados al interior de un “sistema abierto de significados, valores, ritualidades, vocabularios, etc.” (Le Breton 2013, 73).

Esta historia *desde adentro* muestra que la guerra fue un proceso lleno de porosidades, contradicciones, espacios de desacuerdo y sobre todo de espacios íntimos, de no-enunciación. Lo íntimo permite rescatar lo individual, lo fragmentario, lo silenciado, y desde allí cuestionar la historia cimentada a partir de héroes, banderas, café y Estados nacionales. *Desde adentro* los héroes se vuelven irrelevantes, la nación se diluye en sus complejidades estructurales y se abre paso al detalle, al acto, al indicio, a la voz perdida, como valiosos elementos de interpretación. Pero *desde adentro* también se piensa *lo de afuera*. Como he mostrado, las emociones no son solo actos introspectivos, sino que se manifiestan en prácticas y materialidades concretas. Por ello, a partir del miedo se hace posible explorar los contextos de su producción, distintos imaginarios colectivos y las circunstancias más amplias que permitieron su aparición.

Finalmente, las voces que aquí he presentado son un ejercicio de memoria: entre todas, forman un gran coro contra el olvido, contra el silencio emocional del conflicto armado. Esta fórmula debería ayudarnos a repensar nuestra historia, atravesada por más de cincuenta años de guerra, de miedos. Desde este lugar de enunciación, pasados más de

cien años de la Guerra de los Mil Días, y en medio de un nuevo proceso de paz, solo queda la esperanza de que pronto se vuelva a reacomodar nuestra matriz emocional y que el miedo deje de ser la norma para convertirse en la excepción.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Arbeláez, Tulio. 1904. *Episodios de la guerra de 1899-1903: campañas del General Cesáreo Pulido*. Manizales: Salazar & Molina Editores.
- Arboleda, Henríque. 1953. *Palonegro*. Bucaramanga: Imprenta del Departamento.
- Ariès, Philippe. 1984. *El hombre ante la muerte*. Madrid: Taurus.
- Bergquist, Charles. 1999. *Café y conflicto en Colombia, 1886-1910: la Guerra de los Mil Días, sus antecedentes y consecuencias*. Bogotá: Banco de la República / Áncora Editores.
- Bolaños, Leidy. 2016. “El estudio socio-histórico de las emociones y los sentimientos en las Ciencias Sociales del siglo xx”. *Revista de Estudios Sociales* 55: 178-191.
- Bourdieu, Pierre. 1991. *El sentido de lo práctico*. Madrid: Taurus.
- Bouthoul, Gaston. 1971. *La guerra*. Barcelona: Oikos-Tau.
- Caballero, Lucas. 2015. *Memorias de la Guerra de los Mil Días*. Bogotá: Tipografía Bermúdez.
- Castro, María Clemencia. 2001. *Del ideal y el goce. Lógicas de la subversión en la vía guerrillera y avatares en el paso a la vida civil*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.
- Castro, María Clemencia. 2005. *Transgresión, goce y profanación. Contribuciones desde el psicoanálisis al estudio de la violencia y la guerra*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.
- Castro, María Clemencia. 2006. “La guerra: una experiencia sin fin”. *Revista Colombiana de Psicología* 15: 131-135.
- Cepeda, Hernando. s. f. “Experiências espaciais e construções simbólicas: topofilia, topofobia e as dinâmicas de encontro social na cidade do Rio de Janeiro”. Documento inédito.
- Deas, Malcolm. 1983. “La Regeneración y la Guerra de los Mil Días”. En *Aspectos polémicos de la historia colombiana del siglo XIX*, 51-94. Bogotá: Fondo Cultural Cafetero.
- Delpierre, Guy. 1974. *La peur et l'être*. Toulouse: Privat.
- Elias, Norbert. 1987. *El proceso de la civilización. Investigaciones sociogenéticas y psicogenéticas*. México: Fondo de Cultura Económica.

- Fischer, Thomas. 1998. "Antes de la separación de Panamá: la Guerra de los Mil Días, el contexto internacional y el canal". *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura* 25: 73-108.
- Freud, Sigmund. 1976. "¿Por qué la guerra?". En *Obras completas*, 179-180. Buenos Aires: Amorrortu.
- Geertz, Clifford. 1973. *La interpretación de las culturas*. Barcelona: Gedisa.
- Ginzburg, Carlo. 1993. "Microhistory. Two or Three Things that I Know about It". *Critical Inquiry* 20: 10-35.
- Harré, Rom, ed. 1988. *The Social Construction of Emotions*. Oxford: Basil Blackwell.
- Henderson, James. 2006. *La modernización en Colombia: los años de Laureano Gómez, 1889-1965*. Medellín: Universidad de Antioquia.
- Hering, Max y Nelson Rojas, eds. 2015. *Microhistorias de la transgresión*. Bogotá: CES, Universidad Nacional de Colombia / Universidad del Rosario / Universidad Cooperativa de Colombia.
- Hobsbawm, Eric. 2011. *Bandidos*. Barcelona: Crítica.
- Hooks, Bell. 2006. *Yearning: Race, Gender, and Cultural Politics*. Boston, MA: South End Press.
- Jaramillo, Carlos. 1991. *Los guerrilleros del novecientos*. Bogotá: Cerec.
- Le Breton, David. 2013. "Por una antropología de las emociones". *Revista Latinoamericana de Estudios sobre Cuerpos, Emociones y Sociedad* 4, 10: 69-79.
- Lévy-Bruhl, Lucien. 1985 [1927]. *El alma primitiva*. Barcelona: Ediciones Península.
- Lutz, Catherine y Geoffrey White. 1986. "The Anthropology of Emotions". *Annual Review of Anthropology* 15, 1: 405-436.
- Martínez, Aída. 1999. *La Guerra de los Mil Días: testimonios de sus protagonistas*. Bogotá: Planeta.
- Mazuera, Aurelio. 1938. *Memorias de un revolucionario*. Bogotá: Editorial Minerva.
- Mauss, Marcel. 2009 [1925]. *Ensayo sobre el don*. Madrid: Katz Editores.
- Nieto, Luis. 1984. *Escritos escogidos: Crónica Política*. Bogotá: Biblioteca del Banco Popular.
- Oslender, Ulrich. 2008. "'Geografías del terror': un marco de análisis para el estudio del terror". *Scripta Nova. Revista Electrónica de Geografía y Ciencias Sociales* XII, 270: 144. <http://www.ub.edu/geocrit/-xcol/9.htm>
- París, Gonzalo. 1984. *Guerrilleros del Tolima*. Bogotá: El Áncora Editores.

- Plazas, Guillermo. 1985. *La guerra civil de los Mil Días*. Tunja: Biblioteca de la Academia de Historia de Boyacá.
- Ramírez, Eugenia. 2001. "Antropología 'compleja' de las emociones humanas". *Isegoría* 25: 177-200.
- Reddy, William. 2001. *The Navigation of Feeling: A Framework for the History of Emotions*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Rosaldo, Renato. 2013. *The Day of Shelly's Death: The Poetry and Ethnography of Grief*. Durham: Duke University Press.
- Rosas, Fernando. 2005. *El miedo en el Perú: siglos XVI al XX*. Lima: Fondo Editorial PUCP.
- Rosenwein, Barbara. 2015. *Generations of Feeling: A History of Emotions, 600-1700*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Sewell, William. 2005. "The Concept(s) of Culture". En *Practicing History: New Directions in Historical Writing after the Linguistic Turn*, editado por Gabrielle Spiegel, 35-61. Nueva York: Routledge.
- Scheer, Monique. 2012. "Are Emotions a Kind of Practice (and is that What Makes Them have History)? A Bourdieuan Approach to Understanding Emotion". *History and Theory* 51, 2: 193-220.
- Sicard, Pedro. 1901. Correspondencia al ministro de Guerra. Archivo del Ministerio de Defensa. Vol. 05764.
- Solomon, Robert. 2007. *Ética emocional: una teoría de los sentimientos*. Barcelona: Planeta.
- Steimer, Thierry. 2002. "The Biology of Fear -and Anxiety- Related Behaviors". *Dialogues in Clinical Neuroscience* 4, 3: 231-249.
- Tirado, Álvaro. 1976. *Aspectos sociales de las guerras civiles en Colombia*. Bogotá: Biblioteca Básica Colombiana.
- Trujillo, Daniel. 2016. Voces y paisajes del miedo: la Guerra de los Mil Días. Cundinamarca y Tolima, 1899-1902. Tesis de pregrado en Historia, Universidad Nacional de Colombia, Bogotá.
- Tuan, Yi-fu. 1979. *Landscapes of Fear*. Nueva York: Pantheon Book.
- Zerolo, Elías, Miguel de Toro y Gómez y Emiliano Isaza. 1895. *Diccionario enciclopédico de la lengua castellana*. París: Garnier Hermanos.